

dos, cierto rumor que comenzó a correr por lo bajo puso en alarma al público, y las sospechas llegaron a tomar tales proporciones, que la representación hubo de suspenderse a tiempo, y uno de los actores salió a avisarlo a la concurrencia, pretextando un motivo cualquiera. No faltaban antecedentes que daban fundamento a estos temores, pues esa misma tarde había ocurrido un lance desagradable entre la guardia veterana que se dirigía a palacio y la del colegio, que se hallaba a su paso.

ARTICULO XXIV

Tiempo es ya de que volvamos a la época teatral de Nueva Granada, de 1833 a 1839, época de regeneración, o más bien de creación de nuestro teatro, pasando por alto aquélla en que el inmortal Chepe Sarmiento, portero vitalicio del Palacio del Presidente, era el rey de la escena, con su compañía formada de unos pocos aficionados de su misma estofa, es decir, sin la menor educación teatral ni literaria. Chepe Sarmiento era un hombre de edad, de pequeña estatura, grueso, muy moreno, de entonación y maneras sentimentales, y dotado de una pasión desenfrenada por el teatro. Para conocer a nuestro Talma basta saber que solía decir con un candor infantil: "Hace veinte años que soy actriz y todavía cuando salgo a las tablas me da un susto veloz." Su memoria era infeliz, y cuando se le olvidaba el papel

—lo que sucedía en cada escena— sacaba, no se sabe de dónde un pañuelo, aunque estuviera vestido de romano, o de indio bravo, y se lo llevaba a los ojos como para manifestar que el dolor no le permitía hablar, aun cuando no hubiese motivo para llorar, sino quizá más bien para reír; por lo cual parecía decir con el poeta: “Dejen que haga memoria.” Y así daba tiempo a ésta para evocar el perdido recuerdo; de lo contrario, hacía **da-capo**, como dicen los músicos, y volvía a comenzar desde muy atrás.

Prescindiré también de otros muchos ensayos hechos en teatrillos efímeros, e improvisados en solares y patios. Ensayos que podríamos llamar casos esporádicos de fiebre teatral, de que el público no ha conservado memoria sino por algún accidente o episodio especialísimo, de que siempre queda cicatriz indeleble. En el puente Nuevo, en el antiguo parque y en la Gallera vieja hubo de estos teatros a medio hilvanar; en ellos se dieron con intermitencias caricaturas de dramas, en que el público, siempre benévolo para con la buena intención, disimulaba o se divertía.

En el último de los nombrados se dio por los años de 1826 la tragedia en cinco actos y en verso titulada **La Pola**, obra de don José María Domínguez, juriconsulto respetable y alto magistrado, que, a sus muchos méritos, reunía el de su amor a las bellas letras. El asunto, como nacional y de fresca memoria, excitó, naturalmente, un vivísimo entusiasmo, como que el sentimiento patriótico, y la indignación popular que renovaba el recuerdo de la época del terror, hervían todavía a borbotones en los pechos de los patriotas. Además,

era ésta la primera vez que se ponía en la escena el sacrificio de la infeliz Pola, que muchos de los espectadores habían presenciado, pudiendo decirse que la mayor parte de ellos habían conocido a nuestra heroína.

El entusiasmo fue creciendo por grados a proporción que adelantaba la acción, cuyo principal mérito —sea dicho imparcialmente, y sin ofender la memoria de su estimabilísimo autor— consistía en las declamaciones y fervorosos desahogos del odio contra los tiranos.

Sentenciada Policarpa al último suplicio, llegó el momento de sacarla al patíbulo, ¡y aquí fue Troya! ¡Qué gritos, qué denuestos, qué algazara en el patio! ¡No! ¡No! ¡No!, se oía por todas partes. ¡Que no la fusilen! ¡Traidores! ¡Que le eonmuten la sentencia! ¡No!!, repetían voces estentóreas. ¡Que la pongan en libertad! Y todo esto mezclado con las lágrimas y sollozos de la parte femenil, que sin duda creía que iba a presenciar una atrocidad, si bien la ejecución no debía tener lugar delante del público. Por fortuna nuestras paisanas nunca se desmayan.

Esta coacción obligó a los verdugos a detenerse, y fue preciso volver a conducir a la Pola a la prisión. Verdadera peripecia que por lo inesperada dejó a todos perplejos. Al fin, transcurrido un rato entre gritos, silbidos y aplausos, cayó el telón, y, ¡cosa originalísima!, salió uno de los actores a satisfacer al público, diciendo: “Señores, no se pude fusilar a la Pola porque el público se opone.” ¿A quién se dirigía este gracioso apóstrofe, al mismo público que se oponía?

Ríase usted cuando quiera, mi amiga, pero el

hecho es histórico, y en los anales del teatro no se hallará cosa más bella, más sublime, más soberanamente graciosa que este cómico desenlace. La víctima inocente de tal batalla entre el público y los verdugos fue el pobre actor que salió a explicar una cosa que no necesitaba explicación, el cual recibió en el ojo izquierdo un pedazo no muy blando de panela que le dirigieron desde los bancos de la orquesta, a buena cuenta de otros que ya llovían sobre él, y que le hubieran alcanzado, si no tomara el partido que tomó Sancho, cuando la aventura de las pedradas, que fue esconderse detrás del burro. Nuestro actor se guareció detrás de un pobre diablo que estaba despabilando las velas de sebo, el cual le sirvió como de rodela para recibir los golpes. Así pagaron justos por pecadores, y fue lástima, porque después se supo que el anunciador era el oficial que debía mandar la escolta de la ejecución.

ARTICULO XXV

La necesidad de una compañía dramática regular se hacía sentir cada día más, y carecimos de ella hasta que don Juan Granados, hombre de empresa, y amante del teatro, formó por los años de 1833 una que, si no satisfacía enteramente esta necesidad, por lo menos era superior a lo que hasta entonces habíamos tenido. Componíanla el señor N. Franco, padre de nuestro compatriota y hoy autor dramático, don Constantino